

ENORME ÉXITO

está obteniendo el primer libro de

Los Grandes Films

de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Los Hijos de Nadie

En ningún hogar faltará

Los Hijos de Nadie



No deje Vd. de adquirir el libro
más interesante que se ha publica-
do y podrá formar si compra todos

Los Grandes Films
una preciosa y escogida biblioteca
de los mejores argumentos del cine.

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 68

25 cts.



La apuesta
sensacional

por
Frank Mayo

Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 68

La apuesta sensacional

por **FRANK MAYO**

Producción "UNIVERSAL"

Concesionarios:

HISPANO - AMERICAN FILMS, S. A.
Valencia, 233 :-: Barcelona

Argumento de la película de dicho título

En el pueblo fluvial de Katama, en Alaska (América del Norte), la minería y el juego eran las principales ocupaciones de las gentes que lo habitaban.

«La Bonanza», la casa más «legal» del pueblo, tenía la mejor parroquia.

Juan Oxford era el propietario.

Jamás había hecho trampa Juan, pero para su protección conocía todas las triquiñuelas

del juego y tenía un activo y vigilante encargado que no daba punto de reposo á quienes *se pasaban de listos*.

Por eso, un día como muchos otros anteriores, avisó á Juan que un *vivo* quería dársela con queso á los demás jugadores.

Juan, rápidamente, salió de su despacho y, presentándose ante la mesa de juego, hizo suspender éste para, en sentido de ejemplo, descubrir al hombre de mala ley con la carta falsa en la mano.

—¡Lárgate y no regreses! ¡Aquí no queremos tramposos! — le dijo Juan, señalándole la puerta.

El sorprendido *in-fraganti*, palideció de cólera—pues la vergüenza la había perdido un día, jugando precisamente—, y á un gesto suyo un compinche, que también había estado jugando en la misma mesa, disparó su revólver contra Juan, no hiriéndole gracias á la arriesgada intervención de Catalina, una camarera de la casa, que desvió el arma.

Los impostores fueron echados de "*La Bonanza*", á patada limpia, para que no les quedaran más deseos de volver á ponerse al alcance de su propietario.

Juan, agradecido á la valerosa mujer que le había salvado la vida, le manifestó, mirándola con simpatía y agradeciéndole ella mucho esta mirada:

—¡No olvidaré lo que usted ha hecho por mí, Catalina!

Juan iba á encerrarse de nuevo en su despacho cuando vió entrar en su casa de vicio á

Wallace Towers, tenedor de libros de confianza de la Compañía Minera de Katama.

El apreciaba mucho á ese muchacho, relativamente joven de carácter y edad, y por tal razón le había brindado, en su corazón, todo su apoyo si llegara á necesitar de él.

Y vió Juan como Wallace se plantaba ante una mesa de ruleta y como colocaba sobre un número del tapete endemoniado cierta cantidad.

Sin vacilar, Juan alcanzó á Wallace antes de que se hiciera la jugada, y retirando el dinero abandonado al capricho de la bolita loca le apartó de la tentación, llevándole consigo á su despacho.

—Wallace, soy su amigo—le dijo—; guarde ese dinero para esa joven que viene del Este á casarse con usted.

—Gracias, Juan, por el interés que usted me demuestra... Pero, tal vez hubiera ganado.

—El juego produce dinero para la casa, y al jugador no le trae más que disgustos.

—Yo no exagero... no soy de los que pierden la serenidad.

—Error, amigo, pensar como usted hablando del juego. Quien gana, más quiere ganar; y quien pierde, acuérdate bien de ello, no se levanta de la mesa hasta haberlo perdido todo... y menos mal si no se deja en el paño verde algo más que su último céntimo.

—Es usted admirable, Juan; se está usted llenando de piedras su propio tejado.

—Es usted el único hombre á quien he llamado amigo aquí, y eso bien vale un buen consejo, sobre todo considerando que va usted á

tener muy pronto ciertas ineludibles obligaciones que cumplir cuando forme su hogar... ¿No lo está usted deseando?

—Claro que lo deseo y Gloria también, ¡cómo nó! Gloria me ama con delirio, con exclusión de ningún otro amor porque está sola en el mundo.

—Una joven así merece ser amada.

—Sí, Juan, dos ó tres veces más que las otras. ¡Es tan hermosa y tan buena! Vea usted su último retrato. ¿No le parece que está mejor que en los demás que le enseñé?

—Una mujer bonita como lo es su novia de usted, no necesita de aciertos fotográficos para rendir al más reacio á reconocer el soberano poder de unos lindos ojos.

—No será tampoco tanto, Juan, y me parece que voy á estar celoso de esa admiración que le causa Gloria.

—¿Celoso de haber tenido la suerte de hacerse comprender por una joven *que es una Gloria*? Al contrario, hínchese usted de gozo, Wallace, pues eso lo vale todo.

—No vaya usted á creer que no hay otras mujeres más hermosas. Aquí no, sin duda, y con motivo sobrado; pero fuera de este lugar, las que quiera, Juan, las que quiera.

—Pues por mi parte, si tuviera una novia como la de usted, créame que dejaría esta vida y ganaría mi dinero de un modo más correcto. Un joven con una novia así, amigo mío, no debería necesitar consejos de nadie... ¡Es una maravilla! ¡Tome usted su fotografía.

—Estoy asombrado, Juan, pues esas son pa-

labras mayores en boca suya... usted que odia á las mujeres.

—No, Wallace...; no detesto á las mujeres...; lo que no me gusta es tener más de una... y estoy aguardando á que ésta se presente.

Luego, ensimismado, Juan prosiguió:

—Una mujer virtuosa y buena no me miraría tan siquiera.

—Eso lo dice usted porque sí. ¡El dinero tiene mucho precio! El suyo más aún porque le acompaña la voluntad de que sirva para algo noble. Si yo le tuviera, otro gallo me cantara...

—¿Qué haría usted?

—¡Vivir!

—Con su esposa y con sus hijos, si los tuviera, ¿no?

—...Sí... con ellos... claro está.

Así terminó el diálogo, tras cuyo final salió Wallace del despacho de su amigo.

Juan, por una razón misteriosa, seguía pensando en Wallace y en su novia Gloria y en sí mismo. De improviso, su vista posóse sobre un objeto en el suelo y con tierno gesto lo recogió elevándolo con sus manos á la altura de sus ojos. ¡Era el retrato de Gloria! Se le había caído á Wallace de su cartera cuando él devolvió ésta á su bolsillo.

Suponiendo que Wallace no había tenido aún tiempo de haberse marchado de la casa, Juan fué en su busca. Le halló, apenas hubo abierto la puerta de su despacho, sentado á un velador con una camarera, en animado coloquio.

Y Juan, ante el comportamiento poco serio

de Wallace en vísperas de unir su destino al de una adorable mujer, tuvo un momento de vacilación. ¿Debía devolverle el retrato de Gloria? Quería conservar la fotografía para sí, pero ¿qué sacaría con ella?—pensó al fin. Así pues la entregó á su dueño á quien no le disimuló mucho el mal efecto que le había producido sorprenderle consumiendo alcohol en compañía de una mujer, después de haber hablado con él tan extensamente acerca de las cualidades de su novia.

Después, Juan llamó á Catalina,—que á pesar de que él no permitía que en su casa jugaran las mujeres, acababa todo su dinero en la ruleta, encargándose de las jugadas un croupier,—la hizo pasar á su despacho, y allí la habló con el corazón en la mano:

—No titubeaste en exponer tu propia vida para evitar un peligro en la mía. Te lo agradezco y quiero demostrártelo.

—Yo lo hice porque usted es bueno con nosotros y con todos sus empleados.

—No admito el motivo, que no es lógico. Vosotros ganáis lo que se os da... y en paz. No hay, pues, lugar á que me tengáis por superior. Y tal vez seas tú la única que no tienes queja que formular contra mí. Por esto también te doy las gracias. Y quiero que veas que soy un hombre con nobleza. Y quiero que sepas que me agrada protegerte para que rehagas tu vida.

—Yo ya estoy bien aquí, á su lado, señor Juan. Mi vida se halla en este pueblo... y desde que le conocí á usted... no pensé jamás en marcharme.

—Mi buena Catalina, tú no debes nunca olvidarte de lo que eres, de lo que vales...

—¡Lo que valgo!... ¡Si no puedo ser más poca cosa!... ¡Soy una vencida!...

—Tú eres madre y Dios sabe por qué viniste á pedirme trabajo... No juegues más, toma este dinero y aprovecha la próxima salida de un buque para reunirte con tu hijito en el hogar de tus padres.

—¡Oh, Juan, yo... yo... no puedo separarme de usted!...

—¿Me amas, entonces, Catalina?

—¡Sí, Juan!

Las miradas de ambos se cruzaron llenas de cariño. Juan sonrióla y por un instante vió en ella la mujer, la única como él decía, que podía hacerle feliz. Y estuvo á punto de posar sobre sus labios un beso de gratitud por haberla al fin hallado, cuando el recuerdo de otra imagen soñada le hizo volver á la realidad.

Catalina se puso muy triste al comprender que Juan no era para ella, y él, cariñoso, como un hermano, corrigió su ligero arrebató con esta frase muy sincera:

—Te aprecio y quiero ayudarte... pero nada más que eso.

Salió Catalina del despacho de Juan y en el salón despedíase de una amiga y del croupier que forcia, por complacerla, las ordenanzas de la casa.

El tapete verde parecía brillar más que nunca aquella tarde, y sus fulgores tenían la virtud de cegar á sus apasionados clientes.

Catalina, débil, aunque el hogar la llamaba, no pudo resistir á la atracción del diablo y,

buscando la impunidad de su ligereza en el infiel dependiente de Juan, ella le dijo, en presencia de su amiga.

—Anoche soñé que el color rojo se dió tres veces seguidas.

—Si no fuese por los sueños, la casa sería mía—contestó el croupier.

—Pues yo tengo cierta fé en los sueños... y, si te prestas á ello, me gustaría probar si gano...

—Por mí, chica...

—Toma... Sí, hombre... Deja mujer... Ponlo todo al rojo y déjalo correr tres jugadas.

—Pero, Catalina, tú estás loca—le objetó la amiga—. ¿Todo lo arriesgas de una sola vez?

—Hagan juego, señores—gritó el croupier en funciones.

—Todo, todo, Lucas—dijo, nerviosamente, Catalina al sobornado dependiente, que obedeció.

—¡No va más!—anunció, después, el jefe de la mesa.

Catalina y su amiga seguían fijamente la carrera de la traviesa bolita cuyo sonido saltarín oíase perfectamente.

—¡Rojo!—pregonó la misma voz de siempre, al detenerse la bolita.

Aquéllas llenaron de aire sus antes cohibidos pulmones, y suspiraron como quien se libra de un gran peso. Catalina había ganado idéntica suma á la jugada.

El croupier encubridor miró á la jugadora para ver lo que quería hacer, y á una señal suya, como convenida, dejó todo el dinero en el rojo.

Durante las nuevas y endiabladas travesuras de la bolita, la emoción de las dos amigas fué aún más intensa y se les secó la garganta.

—¡Rojo!—repetía la conocida voz.

Otra vez ganaba Catalina. Su dinero primitivo había cuadruplicado de valor.

¿Tendría bastante sangre fría para jugarlo todo por tercera vez?

Sí, la tuvo, y aquellos instantes en que la bolita cumplía su misión, fueron los más terribles de su vida.

Y no ganó pues salió el color negro.

Y su ruina le causó tan honda impresión, que casi se desmayo en los brazos de la afligida amiga.

Poco después, un disparo de arma de fuego presagió una funesta desgracia y tras el tiro cayó, desde la habitación, del primer piso, al salón de juego, un cuerpo ensangrentado de mujer. ¡Catalina se había suicidado!

Juan acudió, alarmadísimo, á ver lo que ocurría y un violento dolor llenó su pecho al ver á la pobre víctima del vicio maldito.

La amiga confesó el motivo que fué causa de la grave resolución de Catalina y descubrió al croupier que se prestó á jugar por ella.

Al oír lo que precede, el encargado de Juan detuvo al infiel empleado, para castigarle cual merecía.

—¡No lo culpes!—salió en su defensa Juan.

Y atribuyéndose la culpa de aquella desgracia, que mucho le afectaba porque aquella pobre mujer le había salvado la vida y le amó, á sí mismo por fomentar el juego, Juan anun-

ció á los presentes, quienes se quedaron atónitos al oírle:

—De aquí en adelante no se jugará más en esta casa.

Mientras lo anteriormente relatado había sucedido en "*La Bonanza*", en otro lugar Wallace se olvidaba de los buenos consejos que le diera Juan y jugaba con los dos tramposos que fueron despedidos por éste de su casa, perdiendo, como era de suponer.

Perdió mucho... pero no le pareció aún bastante y, como para convencerse de lo que había de cierto en esta advertencia de Juan: "*quien pierde, acuérdesse bien de ello, no se levanta de la mesa hasta haberlo perdido todo...*", siguió jugando, no con dinero suyo, pues no le tenía, sino con fondos recibidos poco antes de la Compañía.

Y todo, todo, como lo preconizara Juan, lo perdió Wallace, "*dejando en el paño verde algo más que su último céntimo*".

Al final de aquella ^{**} misma semana el buque tanto tiempo esperado atracó en el muelle de Katama.

Y Gloria fué una de las primeras en desembarcar

No viendo á Wallace allí, se dirigió á un grupo de mineros y preguntó á uno de ellos si sabían noticias de su novio, el tenedor de libros, temiendo que acaso estuviese enfermo.

El requerido la respondió:

—Desde hace varios días no vemos á Towers, señorita.

Inquieta por el estado de salud de Wallace,

Gloria encaminóse hacia la oficina de la Compañía que distaba un paso del muelle.

Y en ella, causándole el consiguiente disgusto, el Director la enteró de la falta cometida por su novio,—que como se ha dicho sustrajo fondos que perdió en el juego—, y de su fuga desde el día en que debía hacer ciertos pagos con los expresados fondos.

—No culpamos á Wallace, señorita—prosiguió el Director—; creemos que su amigo Juan Oxford fué el que le indujo á torcer su recto proceder.

—¿Quién es ese hombre?

—Un jugador de oficio... Precisamente esta semana una muchacha perdió todo su dinero y se mató en su casa... Ahora la ha cerrado.

—¿Pero dónde está Wallace? ¿Si yo pudiera verle!... ¿Está tal vez detenido?

—No, todavía no, por ciertas consideraciones especiales. De todos modos, hasta hoy, hará algo así como dos horas, no he sabido, casualmente, que está en Flambeau... Si va usted, como lo supongo, y lo encuentra, dígame que devuelva el dinero... Además, le puede usted añadir que no daré parte al Consejo de Administración de su «tropiezo» y que, bajo la base de la devolución de los fondos distraídos y ciertas condiciones, le volveremos á dar trabajo.

—Yo le agradezco mucho, señor Director, su benevolencia para con Wallace, que ha debido ser mal aconsejado como usted bien supone. Lo iré á buscar en Flambeau; él dará á usted cuantas explicaciones sean precisas, y el dinero será devuelto. Cuando Wallace sepa

la buena disposición de usted respecto á él, volverá, ya lo verá usted.

—Celebraré que no se equivoque usted, señorita. ¡Créame que sería lástima que su novio se descarriase por los malos senderos de que están sobrados estos lugares!

—No hará eso Wallace... ¡Si nos hemos de casar en seguida!

—Adiós, pues, señorita.

—Hasta pronto señor, pues confío volver en breve... pero no sola.

Era cierto que Wallace estaba en Flambeau. Había seguido á Juan, que partió allí para abrir una mina recientemente adquirida en propiedad, y para olvidar que había sido jugador.

Juan recordó con severidad sus consejos al vicioso, á quien compadecía, por la razón de ver en su triste situación una buena parte de responsabilidad por haberle, con sus tentadores tapetes verdes, iniciado á jugar, y éste, para justificar su punible acción, dió esta razón:

—Como después de perder mi propio dinero, me jugué ciertos fondos de la Compañía perdiéndolos también; no vi mayor oportunidad para cubrir mi desfalco, que tomar de la caja otra cantidad y continuar jugando á fin de recuperar las demás. ¡Pero me hicieron trampa! ¡Eso significa la cárcel... la cárcel!—exclamaba con desespero.

Luego, con mayor nerviosismo, prosiguió:

—Gloria debe estar al llegar y le dirán ¡que soy un ladrón!

—Cálmase usted... Voy en dirección á Kata-ma y me propongo arreglarlo todo. Deme vein-

ticuatro horas y habré restituido á la Compañía lo que usted la sustrajo.

—¿Hará usted eso por mí, Juan? ¿A tanto llegará su nobleza?

—Yo siempre fui su amigo Wallace... y lo que siento es que usted lo olvidase cuando menos debía hacerlo.

Gloria, sin pérdida de momento, se encaminó hacia donde al parecer se hallaba Wallace.

Sin guía, ella hubiérase extraviado por aquellos parajes que le eran extraños; y por tal razón fué por la que aceptó la compañía de un minero, un tal Pedro, quien, llegado pocos días antes, iba en la misma dirección que Gloria hasta llegar á su cabaña situada en mitad del bosque.

El minero en cuestión era un hombre de aspecto duro, pero Gloria no dió á ese detalle ninguna importancia extraordinaria, y aceptó agradecida su amable oferta de guiarla.

Anduvieron algunas horas juntos. La llaneza de aquel hombre forzudo y de poco simpática expresión fisonómica tranquilizó completamente á Gloria respecto de los temores que pudiera haber tenido en los primeros momentos de internarse en sitios desiertos con un desconocido.

Mas, inopinadamente, el guía señaló á Gloria con el dedo una casa en el bosque y la dijo:

—Esa es mi cabaña y mi caballo está cansado... Si quiere usted que la conduzca por buenos caminos hasta Flambeau, entre y descanse un poco, mientras se reanima la bestia.

—¿Dista aún mucho de donde estamos ese pueblo?

—A fe mía que no; sin embargo hay que conocer las sendas... Espere aquí, mujer; la acompañaré con gusto y aprovecharé esa oportunidad para ver si hay allá arriba algo que pueda convenirme más que lo que ahora tengo.

—Gracias... En este caso, acepto... pero no le disimulo que me gustaría detenerme lo menor posible.

—¿Tanta prisa lleva usted? ¿Se le está muriendo acaso un pariente?

—No tal, por fortuna, señor... Voy á reunirme con Wallace Towers.

—¡¡Ah!! Voy á ver, pues, qué le pasa á mi penco... ¡Demontrel Se ha lastimado una pata y no creo que podamos reemprender la marcha antes de un par de horas.

—¡Dos horas! ¡Qué intempestiva ocurrencia le ha dado al potro de herirse! Antes de ese tiempo de espera habrá caído la tarde y los caminos estarán oscuros. Tal vez no podré ver á Wallace hasta mañana.

—No se apure, mujer; estas son cosas contra las que nada puede hacerse. Sosiéguese y charlando pasará el tiempo.

—¿No puede usted curar á su caballo en seguida?

—Imposible complacerla; el pobre animal necesita descansar bastante. Pero ¿qué apuro tiene en hallarse con ese joven?... ¿Acaso se va á casar?

—Sí. ¿Cómo lo ha adivinado usted?

—¡Demonio, no era cosa que no viera! La

leí en sus ojos... que son preciosos. Y ¿qué hace en Flambeau su novio de usted?

—Es el tenedor de libros de la Compañía de las Minas.

—¡Ah, vamos, un señorito! Pues ¿sabe lo que la digo? Mire: una muchacha tan bien parecida como lo es usted, debería casarse con un hombre de veras...

—¿Conoce usted á Wallace para juzgarlo incompleto?

—No, pero supongo cómo debe ser un empleado con cuello almidonado, camisa planchada y mucha vana ostentación delante de los obreros; ¿no es así?

—Si así fuera, ¿qué tendría ello de particular?

—No se moleste. Yo soy muy franco; para mí nada es violento hacer y mucho menos pensar. ¿Sabe usted sobre lo que estaba recapacitando en este momento? En la conveniencia que ustedes, frágiles y hermosas muñecas, tienen en encontrar un hombre de veras, fuerte, con buenas manos para trabajar... un hombre como yo que, aunque no muy hermoso para una muchacha tan bien parecida como usted, sé tratar perfectamente á las mujeres.

—Haga usted el favor... El tema me es indiferente... Si pudiera usted ocuparse de su caballo me parece que podríamos partir antes.

—Me mira usted con ojos asustados. ¿Me teme? Si es verdad que su belleza me atrae, no voy á hacerla ningún daño que no repare. ¿Quiere ser mi compañera, mi esposa?

—¡Apártese de mí... suélteme! ¡Me hace usted daño! ¡Bruto!



A esto siguió un cuerpo á cuerpo reñidísimo...

—Fué una broma... de mi exaltación. Nada, serénese; no tendrá usted más queja de mí; los hombres somos así.

—Los hombres como usted sólo, afortunadamente. Y bien, olvidándolo todo, tráigame un poco de agua y prepararé un bocado para los dos.

—Tiene usted razón; me llegaré hasta el arroyo. Entretanto encienda usted el fuego.

Salió el minero de su cabaña con un cubo. Entonces, prestamente, ejecutando un plan premeditado, Gloria huyó para ponerse en salvo. Mas no le salió bien su proyecto pues el minero, receloso, la vió, y más ávido de ella, á quien quería hacer pasar la noche en su cabaña, la alcanzó sin mucha dificultad.

Gloria resistíase con todas sus energías á que el salvaje se saliera con la suya y una lucha tuvo lugar entrambos, violenta por parte de la débil muchacha, más débil ante un bestia como el minero en cuestión.

En esto, Juan Oxford, desde lo alto de un cerro, sintió picada su curiosidad por la escena que se desarrollaba en el valle entre Gloria y el minero, y fijándose bien en todos los detalles no pudo menos de lanzar, altamente sorprendido, una exclamación:

—¡Esta mujer no es de aquí! ¡Habrá llegado ya Gloria!

Y sin dar á la reflexión lo que le pertenecía para no cometer una locura, Juan arrojóse desde el altísimo monte en las aguas del río que bañaba su falda.

Un indio que le acompañaba en su regreso

á Katama cerró los ojos con la convicción de que su amo se rompería el pescuezo.

No salió Juan precisamente indemne de la arriesgada acción, pero el magullamiento general producido por el choque de su cuerpo con las aguas y su fondo, no ponía su vida, ni de mucho, en grave peligro.

Tan temeraria prueba de valor la había ejecutado Juan llevado por el deseo de salvar del inhumanitarismo del minero á la que suponía era Gloria; y aunque para otra tal vez también lo hubiera hecho, es importante, sin que ello añada á su disparatada aventura una nota más de admirable, hacer constar que se jugó la vida por la única mujer que hasta entonces había hecho despertar en él un deseo ilimitado de ser bueno, de merecer que alguien le amara...

Gloria y el minero estaban de regreso en la cabaña y éste, perdido el poco freno que le restaba, estaba completamente decidido á abusar de su linda prisionera. Es indudable, tal como iban las cosas, que el bruto se hubiese apuntado la victoria infame, pero no contaba con un intruso, que era Juan.

Respiró Gloria y crispó los puños de rabia el minero al ver aparecer al desconocido, que se presentó tambaleándose, sin fingimiento, y ocultando su emoción al reconocer á Gloria.

—Mi caballo... cayó... del cerro... ¿Podéis auxiliarme?...—les dijo.

Inerme, exhausto, ^{*}^{*} Juan halló el medio de ganar tiempo para recuperar las fuerzas. Entró en calor á la lumbre del hogar y después, so

pretexto de descansar hasta sentirse con ánimo para volver á pié á su casa, consiguió, conocedor del flaco de los mineros de aquella región, el consentimiento del bruto á que se quedara un poco más y aprovechar ese tiempo de reposo jugándose dinero á los naipes.

Gloria se preguntaba cómo acabaría para ella todo aquello viendo ganar continuamente á Juan.

El minero murmuraba, como suelen hacerlo los jugadores, frases incoherentes.

Ganada la última partida por Juan, éste dijo:

—Estoy aún muy cansado y no creo poder andar cien pasos seguidos. ¿Queréis decirme dónde puedo acostarme?

—Lo siento, desconocido, pero no hay lugar —le contestó, vivamente, el minero, quemadísimo contra Juan por haberle ganado todo su dinero.

Gloria, temiendo que Juan se viese obligado á marcharse, y por consiguiente que ella se quedase de nuevo sola con el salvaje, le suplicó al primero que no se fuese.

—¿Le importa á usted que me quede?—la preguntó él con cariño que ella no podía sospechar.

El minero, oponiéndose á los deseos de la muchacha, señaló la puerta á Juan con marcada hostilidad.

—Recoja sus ganancias y lárguese—gruñó.

Juan, para salvar la dificultad de la situación, dijo al minero, esparciendo una buena suma de dólares encima de la mesa:

—¡Ahí tiene suficiente dinero para estarse un

año sin trabajar! Lo apuesto contra la cama... El que pierde se larga.

Se oponía el minero, mayormente tentado por el demonio de la carne que por el del oro, pero, al fin, vencido por éste, aceptó la proposición.

Se sentaron, pues, frente á frente. Gloria se



Se sentaron, pues, frente á frente. Gloria se colocó, de pié...

colocó, de pié, entre los dos, y se placía en suponer que la salvación estaba de parte de Juan; de modo que su destino lo decidirían las cartas.

Si la razón intervino alguna vez en el juego, en aquella ocasión también lo hizo, ganando la apuesta Juan.

Sin embargo, el minero, no conforme con el fallo de las cartas, intentó desembarazarse de Juan por otros medios, y echó mano de su re-

vólvér, amenazándole con el arma para que se fuera.

Pero Juan había visto la intención, y con habilidad de fumador llenóse de tabaco una mano y se lo echó en el momento más oportuno, en sus ojos.

El minero, cegado, disparó el arma, sin resultado.



...amenazándole con el arma para que se fuera...

A esto siguió un cuerpo á cuerpo reñidísimo del cual, tras muchos esfuerzos, salió vencedor Juan, quien expulsó de su propia cabaña al maltrecho y desarmado minero, cerrando con toda seguridad la puerta.

Gloria se había desmayado. Juan, como si tocara una virgen de ensueño, la posó sobre el

lecho de la cabaña, y después, emocionado, se sentó frente á la mesa en que había el dinero y las cartas, tocó éstas meditando, las apretó con furor entre las manos, y finalmente, en un postrer lamento de su alma afligida por el recuerdo de su vida réproba, partió en dos el juego completo de naipes y los arrojó con horror, lejos de sí.



...partió en dos el juego completo de naipes...

Eso era obra de su arrepentimiento y éste lo había producido la dolorosa hipótesis con que Juan cerraba el paso á una cara ilusión, y que se resumía en este temor: *Jamás podría amarle Gloria ni cualquier otra mujer como ella.*

Debatiéndose estaba Juan en las tinieblas de la duda atroz, de la imposibilidad de ver cum-

plido su deseo de buen vivir con una excelente compañera, cuando Gloria abrió los ojos y recordó lo sucedido. Sin que Juan la viera, Gloria siguió atenta sus gestos y asistió á las significativas escenas del rompimiento de naipes seguido de frases duras contra los pedazos.

Y algo muy serio fué lo que asustó á Gloria, algo en que acababa de pensar y que no se le ocurrió antes, es decir, cuando vió jugar á Juan con el minero con pasmosa matemática. ¡Juan, según le decía la voz de su corazón, era el culpable del desfalco imputado á Wallace, su novio inocente!

Y sin tener en cuenta, para amortiguar el rigor, que á él le debía, con indiscutible seguridad, su honor, levantóse del lecho en que él la depositara con infinita dulzura y le sorprendió con estas palabras:

—¡Ahora sé quien es! ¡He oído acerca de su maestría con las cartas! ¡Usted es Juan Oxford, el jugador que hizo un ladrón de Wallace Tovers!

Juan sintió que el mundo se derrumbaba sin piedad, sobre su pobre cabeza atormentada por las más diversas ideas.

Ella, Gloria, sin la menor noción del martirio injusto que daba á Juan, prosiguió:

—¡Tenía que ser usted el que me salvara...! ¡Un tramposo con los hombres y un embaucador de mujeres!

—¡Oh, señorita! ¡Por qué me habla usted así! Yo...

—¡No se me acerque... conozco á los hombres de su clase!

Juan, de hallarse solo, hubiera llorado como un niño avergonzado ante su más amado y temido pariente; mas hubo de contenerse, y, digno, haciendo alarde de una caballerosidad que tal vez Gloria no supo comprender del todo, le dijo, entregándola su revólver:

—En ese caso se sentirá más segura con esto.

Juan no pasó la ^{***}noche en la cabaña y con los primeros destellos de la nueva aurora, llegó Wallace á presencia de Gloria que no le esperaba porque nada le había hecho suponer que vendría.

Wallace la iba á abrazar, pero ella se negó á complacerle.

—¡Espera!—le objetó—... Dicen que eres un ladrón, Wallace. ¿Puedes explicarme por qué te portaste tan mal con tu Compañía?

—Yo... yo... Gloria... no podía dejar de jugar... Tenía malas amistades y... y...

—Ya sé: Juan Oxford. Te dejaste conducir por el mal camino que él te señaló. Considerando las circunstancias de tu mala acción y viéndote arrepentido de ella, yo te perdono...

—Gracias, Gloria... Yo te prometo...

—He aquí el dinero de ese hombre. Lo dejé aquí al marcharse, sin duda reconociendo que debía devolvértelo pues yo le acusé cara á cara de haberte sobornado. Tómallo y paga á la Compañía... Te darán otra oportunidad porque reconocen la culpabilidad de ese Oxford.

—Toda la culpa no es suya, Gloria... Yo...

—No intentes defender á ese hombre, ni nie-

gues que él te condujo á esto, si aprecias en algo á la Compañía y á mí.

—No es que lo defienda; pero deseo que seas amable con él, pues aun podría hacerme daño.

—¡Qué dices! ¿Amable con el hombre que te hizo robar?

—No sé cómo explicarte, Gloria. Tienes mu-



—Tómalo y paga á la Compañía... Te darán otra oportunidad...

chísima razón; sin embargo es mejor no tomar las cosas á pecho... y olvidar...

Juan apareció ante ellos en este momento, y se dirigió á Gloria para recibir una explicación, pues Wallace, á cambio del dinero para pagar á la Compañía y más *para seguir jugando*, le había prometido explicarle lo cierto del caso á Gloria, para que ella mudase de opinión respecto á él.

Y, claro, esta respuesta insolente de Gloria: «No tengo nada que decir á un impostor», dió á entender á Juan que ella no sabía lo infame que era Wallace que correspondía al favor de un amigo de manera tan villana para no aparecer culpable y seguir engañando á su novia.

Disgustadísimo, pues, contra el proceder de Wallace, que claramente demostraba su poca firmeza en querer corregirse, porque no llegaba á tener la nobleza del verdadero arrepentido que se acusa de pleno y pide el perdón reparador, Juan le manifestó:

—Usted no ha dicho la verdad. Yo quise ser amigo *de los dos*, un buen amigo, y con tal objeto prometí sacarle del mal trance en que usted se halla.

—¡Espere! ¡Se lo contaré todo á ella! ¡Todo esta tarde!—le suplicó Wallace.

Luego éste, dirigiéndose á Gloria, obligado á ello, la dijo:

—Mentí acerca de Oxford. Fué mi mejor amigo... y trató de encaminarme por el buen camino.

—La confesión que acaba de hacer debía haberla hecho antes, Wallace. Es usted un miserable... No merece usted hacer desgraciada á esa mujer porque usted no la quiere lo bastante para hacerla feliz. ¿Por qué jugó usted en víspera de su llegada cuando sabía que tenía que casarse en seguida? El juego fué siempre antes que ella y antes que el amigo... Y seguirá siéndolo... Y por eso, pues soy gato viejo para conocer á los viciados, voy á dejarle encarcelar negándole pagar sus culpas, porque un hombre que pisotea

la mayor ilusión de un compañero como yo, privándole de su ayuda para merecer la estima de los demás, para lo cual hizo lo suyo, es un infame. Por usted, por su mala cabeza, su novia estuvo á punto de sucumbir en las garras de un ser repugnante del que yo, sin alabanza alguna pero sí con inmensa satisfacción personal, logré arrebatársela. Le he enterado á usted de ello antes de venir aquí esta mañana y creo que lo más lógico, sumando esto á lo demás que yo he hecho por usted y lo que iba á hacer, era que usted revelase la verdad. En una palabra, para que se sepa de una vez, yo quería, señorita Gloria, que usted supiese que yo no soy malo, que tengo un corazón que si bien toleró ciertas cosas, no se amoldó jamás al mal y que es capaz de limpiarse de debilidades *si se le protege...* Por eso, porque su novio, con ingratitud, intentó usurparme ese derecho á presentar mi espíritu tal como es, le dejaré arrojárselas con la justicia.

Wallace, confuso, clavó su vista en tierra.

Gloria, sumisa y temblorosa, compadecida del acento plañidero de Juan y condenando á Wallace, dijo al primero:

—Sr. Oxford, él lo fué todo para mí hasta ahora. No puedo ver que vaya á la cárcel. Olvide lo que dije de usted... ahora sé que estaba equivocada.

—¿Me pide usted que lo haga... *por usted* —la preguntó, expresivo, Juan.

Antes que ella contestara, Wallace, explotando de rabia y sin miramiento alguno frente á su novia, manifestó, con una sola preocupa-

ción, ó sea, salir del crítico paso para no hárselas con la justicia:

—No me importa por quien lo haga. Deme el dinero.

Juan se lo dió, pareciéndole que perdiendo aquellos billetes ganaba una fortuna...

Gloria no supo más de Wallace, que huyó



Juan se lo dió, pareciéndole que perdiendo aquellos billetes ganaba una fortuna...

con el dinero hacia otros lugares donde, llevado por el diablo del tapete verde y las mujeres sin suerte, debió vivir una existencia lamentable, impropia de sí.

Juan proporcionó un empleo á Gloria, y no pasó mucho tiempo sin que un día, protegiéndola con sus brazos para atravesar un ría-

chuelo, la detuviera sobre una roca, la estrechara poco á poco como para probar si cedía; y la dijera, convencido de que un mismo sentimiento los animaba á seguir, el uno probando y la otra cediendo:

—Desde que ví su retrato deseé hacerla feliz.

—¿Qué le dijo, pues, mi retrato?

—Que era usted la más bonita de todas las mujeres, la que Dios me destinaba, la que haría de mí el hombre más completo de la tierra. ¿Se equivocó?

—Si tantas cosas supo leer en el reflejo de mí misma, ¿nada le confirma el original?—contestóle ella, monísimamente.

—¡Oh, Gloria mía! ¡Mi amor!

Cantaron traviosos pájaros sobre sus cabezas, huyendo alegres y bulliciosos...

Dieron doce campanadas en el reloj de la parroquia...

Estremeciéronse las aguas del riachuelo al contacto de unas piedras que los pies de los enamorados hicieron rodar...

Y estremeciéronse de felicidad dos cuerpos al contacto de unos besos silenciosos, llenos de vida...

FIN.

Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia

Este número ha sido sometido á la previa censura militar

Talleres gráficos E. Verdaguer Morera
Topete, 16 — Tarrasa

Próximo número 69
Extraordinario
SÁBADO 26 ENERO

El Secreto del Polichinela

Según la célebre obra teatral
de Pierre Wolf adaptada para
el cinematógrafo por René Hervil.

Sentimental asunto que conmoverá
por su sencillez y belleza humanas.

Un niño es el lazo de unión de una familia.

64 páginas

Profusión de ilustraciones

Postal-fotografía:

LILLIAN GISH

Precio excepcional: 50 céntimos

¡NO OLVIDARLO!

De interés para

nuestros lectores es el que sepan que ya pueden adquirir las elegantes tapas que hemos confeccionado, para encuadernar en tomos, las novelas publicadas hasta fin de año, como sigue:

Tomo I — del 1 al 22

» II — del 23 al 43

» III — del 44 al 64

al precio de Ptas. 1'25 cada tapa.

Para facilitar la encuadernación de los tomos, hemos concertado un arreglo con un especialista, y la Sociedad General Española de Librería, Barbará, 16, Barcelona, recibirá las colecciones completas que se deseen encuadernar (hasta el n.º 64, ó sean tres tomos de las novelas publicadas hasta fin del año 1923), y en este caso el precio de las tapas y la encuadernación impecable sería de Pesetas 1'75.

Tenemos además lujosamente encuadernadas las 43 primeras novelas en los tomos I y II al precio de Pesetas 7'50 el tomo con un sobre conteniendo las postales.

PEDIDOS Y ENCARGOS: En los quioscos y puestos de venta de costumbre y en la Sociedad General Española de Librería, Barbará, 16, Barcelona.
